

La madriguera. Revista de cine (Ediciones de intervención cultural S.L.)

Título:
Habeas Corpus

Autor/es:
Montiel, Alejandro

Citar como:
Montiel, A. (1999). Habeas Corpus. La madriguera. (17):74-74.

Documento descargado de:
<http://hdl.handle.net/10251/41770>

Copyright:
Reserva de todos los derechos (NO CC)

La inclusión de este artículo en el repositorio se enmarca dentro del proyecto "Estudio y análisis para el desarrollo de una red de conocimiento sobre estudios fílmicos a través de plataformas web 2.0", financiado por el Plan Nacional de I+D+i del Ministerio de Economía y Competitividad del Gobierno de España (código HAR2010-18648), con el apoyo de Biblioteca y Documentación Científica y del Área de Sistemas de Información y Comunicaciones (ASIC) del Vicerrectorado de las Tecnologías de la Información y de las Comunicaciones de la Universitat Politècnica de València.

Entidades colaboradoras:



Habeas corpus

Habeas corpus

El universo de "Los vengadores"

Xavier Pérez

Barcelona, Ediciones Glénat, 1998

Leyendo este gozoso libro de Xavier Pérez y revisando los festivos episodios de *Los vengadores* caigo en la cuenta de lo obvio: Emma Peel permanece inmarcesible, pero mis ojos no saben deslumbrarse, y ni siquiera ver, como a los diez años, como hace treinta años. Y quizás no vean porque saben demasiado, que es como no saber nada (¿de nuevo el caso de la carta robada de Poe?), y porque buscan en el lugar equivocado.

Gracias a este erudito y entretenido estu-

dio (¡qué difícil es conciliar ambas cosas y qué bien lo resuelve el coautor de *La semilla inmortal!*) he aprendido mucho. Por ejemplo: *Los vengadores* y la serie de James Bond, se nos dice, son vasos comunicantes: "mi nombre es Peel, señora Emma Peel". Por ejemplo: Roy Baker dirigió (como he comprobado estos días) algunos de los mejores capítulos (verbigracia: *Polvo silencioso*). Por ejemplo: los primeros episodios (con Ian Hendry como el doctor Keel) fueron ¡literalmente! emitidos en directo, por lo que no existen copias, y algunos másters, que sí que poseyeron una fugaz existencia, "fueron reciclados para grabar en ellos nuevos episodios", y así sucesivamente.

El libro, cuyas modestas ilustraciones son altamente pertinentes, ofrece una muy útil lista de episodios, desde la primera temporada (1960/1961) hasta la sexta (1967/1969), ya con Tara King (Linda Thorson); o sea, un total de 161; así como de "Los nuevos vengadores" (1976/1977), 26 más. Por lo tanto, uno de los "corpus" de los que ha debido de enamorarse Xavier Pérez para redactar estas páginas consta de aproximadamente 140 horas de ficción, al que hay que añadir el film recientemente producido por Jerry Weintraub. El otro amor que el autor pone de manifiesto en su escritura es ese "corpus" del delito en *El mercado del crimen* o ese "corpus" del pecado en *Un toque de azufre* que fue, para muchos de nosotros, Emma Peel (Diana Rigg, esa espléndida actriz que ha seguido ejerciendo con éxito su arte en los escenarios londinenses). Y, como noso-

tros, se pregunta qué hubiera sido de esta imperecedera joya del pop británico si Leonard White no hubiera decidido que "Blackman interpretase los guiones pensados para Keel sin modificar ni una sola línea de la acción: esto es, como si fuera directamente un hombre", y si Emma Peel no hubiera sido heredera de esta brillante decisión.

En nuestros días puede valorarse muy positivamente la solidez y repetición flexible que la estructura argumental de la vieja serie, los estupendos guiones de Brian Clemens, su prodigioso ingenio visual, su ironía, su arborescente intertextualidad, pero nadie duda de que la principal virtud que contiene en su interior (al menos en los capítulos que van desde 1964 hasta 1967) es una damita en cueros, vestida por Alan Hugues ("que no sigue ninguna moda previa, sino que las dicta todas"), deliciosamente procaz.

Todo parecía repetirse en *Los vengadores* y todo era distinto cada semana. Pero un día la (familiar) protagonista fue (extrañamente) sustituida por otra actriz y tras aquel sobresalto (sinistro) ya nada resultó igual. Fue una de esas primeras veces (así lo recuerdo hoy) que sentimos cruelmente la tristeza, el desaliento que fomenta en el ánimo una pérdida irrecuperable. Del mismo modo, ahora sabemos que aquellos iconos efímeros, que aquellos chistes leves, estaban destinados a permanecer insolentemente fetichizados, mientras que nuestra alma, que creíamos inmortal, era la que estaba condenada a desvanecerse con vértigo.

Pero que nadie escuche aquí una melancólica jeremiada. No hay queja. Al fin y al cabo se trata de un caso evidente de justicia poética: Emma Peel poseyó, en palabras de Baudelaire, *la froide majesté de la femme stérile*, y por ello este clásico de la Televisión sigue testimoniando, a través de décadas, la elegancia anacrónica de una diosa silcalíptica.

Alejandro Montiel

